

Alejandro Fabián Aibar

Nació el 1 de julio de 1959 en el partido de San Martín.

Sus padres y hermanos se instalaron en el barrio Pompeya de Merlo, frente a la fábrica Olivetti.

Alejandro trabajaba desde los 14 como empleado haciendo las vidrieras de los locales, anteriormente a los doce ya había arrancado a ayudar a su padre en una parrilla pelando torres de papas.

Estudiaba en el turno noche del *Colegio Nacional Manuel Belgrano* de Merlo, provincia de Buenos Aires

Fue secuestrado-desaparecido a la edad de 18 años un 20 de septiembre de 1977, sacado violentamente de su hogar sito en General Paz y Filiberto s/n, Barrio Pompeya, Merlo, provincia de Buenos Aires.

Fragmento de "Mi hermano el Indio", por Griselda Aibar:

"Los Aibar éramos una familia común, como muchas otras. Mamá, papá y cinco hijos; las dos más grandes casadas, Alicia de veinticinco y Graciela de veintitrés años, Alejandro de dieciocho y los mellizos, de siete, Edu y yo.

Como mamá y papá trabajaban muchas horas al día, Lalo, como yo le decía, nos cuidaba en sus pocos ratos libres, porque él también trabajaba desde los 14 años durante el día en Bonafide y estudiaba el Secundario de noche. Cursaba el último año en el Colegio Nacional Manuel Belgrano de Merlo.

Una familia austera, de laburantes, y felices. Cada día era una oportunidad para hacer algo posible, es algo que llevo en mis raíces.

Mamá dice que Lalo y Gladys no eran novios, que eran amigos, pero yo les decía que eran novios. Alejandro y Gladys eran titiriteros, y juntos llevaban su magia cada sábado a la parroquia de Barrio de Pompeya, en Merlo, donde vivíamos. La nuestra era una comunidad humilde, pero con ganas, como nosotros.

El padre Elvio acompañaba y contenía a un gran grupo de niños y jovencitos, dándoles comida, educación e incluso abriéndoles su casa para que tengan un lugar para vivir.

Pero una madrugada el infierno llegó a nuestra casa. El martes 20 de septiembre de 1977, casi a las 2 de la mañana, mi casa se llenó de militares, fuertemente armados, todos dormíamos. Nos violentan, y se llevan a Alejandro, NUNCA MÁS supimos nada de él. Gladys también desapareció.”

Relata Liliana, compañera del Colegio Nacional:

Conocí a Alejandro Aibar en el último año de la secundaria:

Era casi un niño de diecisiete años, callado, introvertido que observaba desde los últimos bancos a los demás compañeros que, en sus cuerpos grandotes y adolescentes intentaban en vano hacerlo participar de sus tropelías. Se lo veía distinto, maduro; y lo respetaban.

Empezamos a hablar apenas comenzado el año y paulatinamente fue surgiendo el tema de la situación sociopolítica en la que nos encontrábamos. Tímidamente y con cierto temor fuimos expresando nuestros puntos de vista descubriendo que teníamos una afinidad en nuestro adolescente pensamiento: estaban pasando cosas y no nos era indiferente.

En esos años uno no se encontraba con gente que percibiera que todo estaba mal, al menos nadie lo expresaba, por el contrario: la gente apoyaba el “Proceso “, creyendo que mediante su accionar (si es que lo conocían) nos brindaba seguridad. Pero nosotros dos sabíamos que se estaban cometiendo asesinatos, desapariciones y robos porque ambos veníamos de una militancia desde antes de conocernos y, aunque yo había perdido todo contacto con la gente con la que militaba quedando en la más absoluta soledad, Alejandro seguía viendo a los referentes de la organización a la que pertenecía.

Esta afinidad nos unió en una amistad inquebrantable. Pasábamos largas horas de conversaciones en su casa, en el cuartito de arriba y entre música, mate y café, alguna vez me habló de sus encuentros furtivos con compañeros. Pero “cuánto menos sepas, mejor” me decía. Yo escuchaba aterrada imaginando el peligro al que se exponía. El temor era un estado habitual en nosotros, sabíamos que militando, dando catequesis en villas,

haciendo teatro o simplemente figurando en la agenda de algún conocido en problemas...podías ser llevado.

Divino tesoro

Algunos fines de semana iban sus compañeros de teatro a visitarlo y solían quedarse a dormir, entonces el cuartito de arriba se convertía en un campamento. Sonaba Moris en su equipo, Pedro y Pablo, Almendra y tantos más; tocábamos la guitarra y cantábamos “Pato trabaja en una carnicería” que era nuestra canción favorita; “De nada sirve”, “Catalina Bahía”, “Marcha de la bronca” “Padre Francisco”. Esa era nuestra adrenalina, cantar canciones prohibidas y hablar de política; y soñar con cambiar el mundo que era nuestro deseo.

Transcurría una adolescencia bella, divertida, plena. En una ocasión, los mellizos gritaban porque los grandotes se tiraban la pelota entre ellos. ¿No los hagan llorar- decía Alejandro - no ven que son chiquitos? Y así era de especial, con esa ternura que no le permitía descuidar a sus hermanitos ni en medio de una fiesta entre pares.

“Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica” decía una frase de Salvador Allende en la que pensábamos siempre. Y entonces nosotros, éramos unos jóvenes sin contradicciones, atribulados por las crueldades del mundo, ese mundo que anhelábamos mejorar.

En el colegio jamás un profesor, autoridad o quién fuera que pudiera representarlo nos habló de lo que estaba pasando. Si alguien preguntaba la respuesta era, señores...aquí no ha pasado nada, a estudiar y cumplir como siempre. Sin embargo, la actitud de algunos se tornó más intransigente, como “acompañando” al régimen que nos gobernaba. Se implementaron reglas más duras, horarios inconvenientes, recreos más cortos. Hasta agosto de ese año el horario de entrada era a las 19hs y el de salida a las 23. En una decisión arbitraria se corrió de 19:30 a 23:30, lo que perjudicaba a unos cuantos que no alcanzarían a tomar el último colectivo que los llevara de vuelta a sus hogares. Todos protestamos por la medida, pero, como era de esperar, no se nos escuchó: el horario iba a ser ese de ahí en más. Este

hecho, el de no ser escuchadas nuestras razones, nos produjo mucha indignación. La mayoría trabajaba y al sonar el timbre de salida corríamos a tomar el colectivo porque al día siguiente se madrugaba.

Debíamos hacer algo, pergeñábamos en nuestras reuniones de a dos, pero qué? Entonces Alejandro sugirió panfletear el colegio con un texto de protesta y exponiendo las razones por las que nos veíamos perjudicados. Mi organización – decía - va a ayudarme en esto, las voy a imprimir allí y las tiramos desde el último piso que está desocupado. Las colocaremos en una ventana semiabierta, (había una especie de ventiluz) y rajamos -. El plan era dejarlas en un vidrio inclinado en tobogán para darnos tiempo a bajar corriendo antes que se deslicen hasta caer en el patio central. - Lo haremos el miércoles que viene.

El lunes siguiente Alejandro ya tenía los panfletos. ¿Lo hacemos mañana?

– No Alejandro, hagámoslo el miércoles como habíamos quedado- contesté - yo mañana no vengo al colegio.

De acuerdo -me contestó - el miércoles.

Pero el miércoles, cuando fui al colegio, ya había sucedido. ¿Por qué Alejandro? –le reproché porqué no me esperaste...¡habíamos quedado que lo hacíamos el miércoles!- Me sentí muy frustrada, decepcionada. A pesar del terror que me invadía de solo pensarlo, yo quería intervenir, participar.

– Si lo habíamos planeado entre los dos, ¿por qué te mandaste solo?
– Y él tan tranquilo me decía.

-Es que yo sé que vos estabas muy asustada con esto y ademáspreferí dejarte afuera, es mejor para vos.

Mientras escribo esto voy tomando dimensión de ese acto generoso, del cuidado que me prodigó y gracias al cual, quizás...no sé...yo pueda estar aquí, recordándote.

Mis compañeras exaltadísimas me narraron el terrorífico acontecimiento de la noche anterior.

Aún reinaba el estupor, todos seguían alborotados y asustados con lo que había pasado. Las autoridades se habían puesto verdes de ira, llamaron a GIVA y concurrieron al colegio los militares en un gran operativo a interrogar a los chicos; los formaron en ronda en el patio, los alumbraban con reflectores, los amedrentaban verbalmente, exhibían sus impresionantes armas frente a ellos, al estilo de la época.

¿Entendés? - me dijo – vos no habrías aguantado esa presión.

Transcurrieron unos días después del evento de los panfletos, no recuerdo cuántos pero una noche fue mi papá a buscarme al colegio y le pedí que llevásemos a Alejandro hasta su casa..

La mamá nos agradeció, nos hizo pasar a tomar un café y charlamos un rato sentados alrededor de la mesa de la cocina. Su hermana se asomó un tanto exaltada, preguntando qué pasaba. Posiblemente previendo, en una especie de intuición, de que rondaba el peligro.

Al día siguiente conseguí la entrevista con el dueño del diario y luego de haber concurrido exultante al colegio y comprobar que había faltado, la ansiedad me carcomía.

La noticia

Era el segundo día que yo portaba esa noticia que él tanto esperaba y a mí me hacía feliz de tan solo pensar en ella y el momento en que se la dijera; ¡escribir para un diario! me dije a mí misma que si ese día volvía a faltar al colegio iría a su casa para avisarle.

Pero al mediodía, Alicia, la amiga que teníamos en común con Alejandro, la que me había recomendado para trabajar allí, me tomó de la mano y me dijo - vení, vamos a comer juntas, tengo que decirte algo... Se trata de Alejandro.

El secuestro de Alejandro se inscribió en la llamada la otra noche de los lápices de zona oeste, donde ocho estudiantes secundarios de entre 16 y 18 años de Hurlingham, Ituzaingó, y Merlo fueron secuestrados por las Fuerzas Armadas.

Pertenecían a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) al centro clandestino de detención de la Brigada de San Justo.

La justicia para la familia Aibar tardó 41 años, cuando los Tribunales de la Plata juzgan los delitos de desaparición forzada, condenando a 10 represores a prisión perpetua.

Sergia Aibar madre de Alejandro, fue el motor de Familiares de detenidos desaparecidos de Merlo, con su empuje se unieron más de veinte familiares que dedicaron su esfuerzo en el hallazgo de la verdad.

El 16 de septiembre de 2016 Sergia acompañada por su familia, amigos y estudiantes secundarios marchó en silla de ruedas la Avenida del Libertador en memoria de los cientos de jóvenes secuestrados y desaparecidos, y en memoria de Alejandro.

En el momento de su desaparición forzada Alejandro tenía 18 años.